

donde hizo innumerables compras de cuanto un hombre civilizado, estudioso y amigo de sus costumbres puede necesitar en el desierto. A las once fué al Banco de España y sacó los ahorros que tenía en él depositados, los cuales importaban muchos miles de duros. De regreso en su casa, escribió dos cartas de muy pocos renglones; la una dirigida á su padre, diciéndole que se iba á su distrito, á casa de un amigo, con el objeto de descansar y escribir cierta obra de matemáticas, y la otra á *La Correspondencia de España*, para que anunciase su marcha á Murcia, "donde pensaba residir largo tiempo, cuidando de su salud, por consejo de los facultativos".

Encargó á su ayudante que no echase al correo estas cartas hasta pasados tres días. En cambio dirigió otra aquella misma tarde á un grande elector de la cabeza del partido á que correspondía el *Cortijo del Abencerraje*, pidiéndole, con gran reserva, que tal día, á tal hora, le tuviese dispuestos un caballo y un guía, y tres mulos y un arriero, sin decirle por qué ni para qué... Y, arreglado todo por tan solemne y decisiva manera, el lunes de Carnaval, á las nueve de la noche y lloviendo á cántaros, sin despedirse de nadie y sin criado alguno á su servicio, salió nuestro héroe de Madrid, en el tren correo de Andalucía, con firme propósito de nunca más volver...; en tanto que otros muchos jóvenes de su edad se desesperaban en oscuros pueblos de provincia, soñando con ser diputados, con tener entrada en los salones de la Grandeza y con ir á bailes de máscaras como el que aquella misma noche daba la Junta de Damas de Honor y Mérito en los salones del Conservatorio.

## LIBRO III

## EL CARNAVAL EN EL CAMPO

## I

## LOBOS Y PERROS

Habían pasado veintitrés horas desde que Guillermo salió de Madrid, y eran, por consiguiente, en tierra de Granada, las ocho de la noche del 22 de Febrero, martes de Carnaval.

Pero, ¿qué decimos de Carnaval, ni de días, ni de horas? En soledades tan apartadas como el humilde vallejuelo del *Abencerraje* (adonde todavía no ha llegado nuestro héroe, y en el que nosotros estamos hace ya rato merced al privilegio que gozamos autores y lectores de viajar más de prisa que nadie) no representan las ideas de tiempo lo mismo que en el mundo social... Ni aquí la media noche es día, como acontece en las ciudades, por mucho que arrecien los rigores del invierno; ni hay alumbrado público que dispute su pavoroso imperio á las tinieblas; ni velan reunidas las gentes en coliseos, bailes ó tertulias, ni se guardan ó conmemoran otras festividades ó efemérides que la Nochebuena y el Viernes Santo...

Digamos, pues, que en el vallecillo del *Abencerraje* iban ya dos horas, no de noche, sino de eternidad, dos horas de muerte y condenación, dos horas de obscuridad densísima, que envolvía en negros crespones ó más bien borraba de la faz del mundo llanos y montañas..., de tal modo que las cumbres no se distinguían de las honduras, ni los senderos de los sembrados, ni los campos del caserío, ni el cielo de la tierra.

En lo único que se parecía el negativo Carnaval de aquel desierto al que celebraban á la misma hora los cortesanos, éra en el espantoso temporal que reinaba también desde la víspera, y que, sobre poco más ó menos, estaría azotando de igual manera á toda España, sin distinción entre poblados y despoblados, entre capitales y aldeas, entre alcázares y cortijos... Mugía lúgubrementemente el viento, y llovía ó nevaba á intervalos. Los desnudos árboles se quejaban en la sombra, flagelados por el huracán, mientras que el riachuelo, aumentado y ensoberbecido con el general desastre, se propasaba á alzar una voz ronca y llena de amenazas, que hacía temblar á los añosos álamos de sus orillas. Aullaban, en fin, los hambrientos lobos, rondando los rediles enclavados en el vecino monte, y á su clamor fatídico respondían con ladridos de indignación, desprecio y entereza los vigilantes perros de ganado.

En medio de tanta lobreguez y tanto horror, se percibía un solo punto de claridad, melancólico indicio de la situación de la pobre cortijada, ó más bien del ruinoso palacio habitado por *la Pródiga*, tal y como suele brillar á los ojos de navegantes nocturnos, entre las negras olas del Océano, extraña y sospechosa luz, haciéndoles com-

prender que, en tal ó cual islote desierto, entonces invisible, pero cuya posición les es conocida, han hallado refugio piratas, náufragos ó contrabandistas...

Y, en efecto, aquella claridad procedía de un balcón de la gran sala que ya conocemos, donde Julia, sentada en alto y vetusto sillón, al lado de la monumental chimenea, alimentaba el ocio y soledad de su alma siguiendo los afanes y rodeos con que las llamas del hogar iban consumiendo poco á poco un enorme tronco de encina.

Cerca de la dama, y sobre anticuado velador, había una lámpara y algunos libros.

Más de la mitad del vasto aposento quedaba perdido en la penumbra. El agua-nieve golpeaba de vez en cuando, con furioso ímpetu, los vidrios y maderas de los balcones, y los alaridos del viento eran horribles en el negro cañón de la chimenea.

Detrás del sillón ocupado por la Señora hallábase el tío Antonio esperando órdenes; respetuoso y mudo, como siempre; pero sin aquella placidez y tranquilidad que expresaba su rostro cinco meses antes.

Julia no había cambiado en nada. Dijérase que su espíritu era tan inalterable como su hermosura, y que del propio modo que su peregrino cuerpo estaba dotado de aquel dón milagroso que prorrogó hasta la edad de ochenta años la juventud de Ninón de Lenclos, su alma tenía la serenidad é indiferencia de los grandes repúblicos para acomodarse á las desigualdades de la suerte. Sin embargo, aquella expresión de amorosa melancolía con que llamó *ingrata* á la luna la célebre noche del 1.º Octubre, parecía haber quedado estereotipada en su hechicero semblante, dando á la impenitente, aunque vencida diosa, un

aire sentimental, de que carecía cuando la vimos por primera vez.

Como todas las damas verdaderamente principales, y como todas las hermosuras de primer orden, Julia se consideraba siempre *en público* para los efectos de cuidar de su tocado y atavío. Decímoslo porque aquella noche, no obstante el absoluto aislamiento de su existencia, vestía con tanto lujo y elegancia como si hubiese de recibir la más distinguida tertulia.

Indudablemente *la Pródiga* había salvado del naufragio de su caudal, ya que no joyas de gran valor, ricos y graciosos trajes con que engalanarse toda su vida, como, por ejemplo, el luengo capisayo de terciopelo gris forrado de finísimas pieles, la suntuosa toquilla de blonda, los lindos guantes de gamuza y los primorosos chapines de grande abrigo con que daba audiencia al capataz... Ello es que estaba hermosísima, y que más aspecto tenía de encarcelada reina gótica que de pobre y olvidada cortijera.

Un golpe de viento mayor que todos los anteriores, y que estremeció los techos del viejo caserón, sacó de sus profundos pensamientos á la sinventura, haciéndole exclamar sosegadamente:

—¡Mala noche..., Antonio!

—¡Mala!—respondió el capataz.

—¡Y José sin venir!—añadió la *Marquesa*, volviendo los ojos hacia el antiguo servidor.—¡Va á ser menester que tu hijo me haga caso, y desista de ese necio empeño de ir él mismo todas las noches al lugar en busca del correo!... No faltan mozos en el cortijo que desempeñen tan fatigosa comisión...

—Perdónelo la Señora...—contestó el capataz, inclinándose.—¡El pobre no sabe qué inventar para complacerla!... Ha visto que á la Señora le interesa mucho la por él llamada *carta grande*, que, desde hace algunos meses, viene de Madrid casi todos los días..., y no quiere ceder á nadie la honra de ir á recogerla al lugar vecino...

—Bien; pero ya sabes que en este invierno de tantas nieves andan muy hambrientos los lobos, y que de noche se acercan demasiado á los caminantes... Me duele, pues, que por mi causa paséis tú y Francisca dos horas diarias de intranquilidad...

—¡Quiá!... ¡No!... Estamos muy tranquilos... ¡Los lobos no pueden con José, sobre todo desde que lleva la escopeta que le ha regalado la Señora!...

—Creo lo mismo que tú... Sin embargo, hay todavía otra razón para impedir que José falte á estas horas del cortijo... Desde el obscurecer hasta la cena es cuando todos los jóvenes que trabajan tanto como él y Brígida pueden verse y hablar un rato de sus amores, y yo deseo vivamente que esos muchachos acaben de tomarse cariño y se casen... antes que yo me muera...

—¿Quién habla de que la Señora pueda morir? ¡Eso no lo he de ver yo, no quiero que lo vean ellos! ¡Pues no faltaba más!... El que sí morirá en breve, por la ley de Dios, es este carcamal que está hablando...; y, por consiguiente, yo soy el verdadero interesado en que se haga pronto el casamiento de José con Brígida, que me parece una buena muchacha.

—Otra cosa hay que arreglar también...—continuó Julia con su sosiego habitual—ya que hemos venido á hablar de nuestra muerte y del porvenir de esos mal-

aconsejados amantes. Varias veces te lo he dicho, mi buen Antonio, y tú sigues aferrado en no darme gusto... ¡Es menester que hagas venir á un Notario para que yo te venda este cortijo! Así te cobrarás de lo que te debo, y se facilitará mi doble propósito de dotar á Brígida y de que ella y José disfruten un día del poco ó mucho dinero que me sobre cuando llegue al término de mi jornada... Tú fijarás al cortijo el precio que te agrade..., veinte, quince, diez mil duros... ¡A mí me es igual, pues con lo que quiera que me entregues tendré demasiado para subsistir en este retiro, aunque viva mucho más de lo que deseo y espero!... Realizada la venta, quedaré tranquila, dado que ni ya tendré que hacer nunca testamento, cosa que me repugna, ni ningún pariente mío se apoderará, en caso de abintestato, de lo que quiero disfruten tus hijos, ni dependeré en cierto modo de que haya buena ó mala cosecha, ni me verá tampoco imposibilitada de irme otra vez por esos mundos de Dios, si tal se me pone en la cabeza algún día...

El tío Antonio lloraba mansamente, en tanto que Julia decía todas estas cosas grandes y pequeñas. Pero cuando la oyó proferir las últimas palabras, secóse las lágrimas con el revés de las manos y exclamó, lleno de enojo y pena.

—¡Eso no, diantre! ¡Eso no!... ¡Dejarnos la Señora! ¡Marcharse otra vez sin compañía y con una pobreza por capital!... ¡Para ello tendrían que matarme primero á mí!... ¡Ay! ¡*Aquel pícaro hombre* lo ha trastornado todo! ¡Vivíamos aquí en tan santa paz! ¡Era tan dichosa la hija de mis inolvidables amos! ¡Estábamos tan contentos mi mujer y yo...

—¡Antonio!—profirió Julia con frialdad y despego.— ¡Que no vuelva yo á oírte hablar como has hablado! ¡Te prohibo hasta volver á pensar en tales asuntos!... Y con esto basta de reprensión, y vamos á lo que te decía de la escritura que deseo hacerte...

El tío Antonio cruzó las manos y dijo:

—¿Para qué entrar de nuevo en una conversación que me mata? ¡La Señora escrituras á mí! ¿Pues no es suyo todo lo que poseo? ¿No se lo debí á sus mayores? ¿He hecho yo más que guardar una parte del pan que me dieron, y que añadirle sus propios frutos?... ¿Qué era yo cuando niño, sino un triste pastor, que recogía las migajas de la mesa de los señores Marqueses? ¡A mí no me debe nada la Señora! ¡La Señora puede disponer de todo lo que pasa aquí como mío: de mi dinero, de mis ganados, de mis aperos de labor, de mi sangre y de mi vida!... ¡Pero ¡ay! no se vaya! ¡No se vaya jamás! ¡El mundo es muy malo! ¡El mundo es enemigo del alma!... ¡Y yo no tengo ya edad de acompañar á la Señora!

—Está bien... Dejemos esta conversación...—respondió Julia algo conmovida.—Yo no he pensado, ni pienso, ni creo que pensaré nunca en marcharme... Hablaba en la suposición de llegar á pensarlo algún día... ¡Vaya! Enjuga esas lágrimas, Antonio...; bésame la mano, y ¡en paz! Yo arreglaré el otro asunto sin valerme de tí, ya que no quieres ayudarme... Pero... ¡calla!... ¿No oyes?... Ladrán los perros de la huerta...—¡Ahí está José! ¡Pobre muchacho!... Vé á recibirlo...

El tío Antonio obedeció en todo, y salió de la estancia rezando por *la Pródiga*, según costumbre, y bendiciéndola al fin de cada Padrenuestro.

## II

## PERROS Y LOBOS

No se había equivocado Julia. Pocos minutos después penetraba José en el salón.

—Tenga la Señora muy buenas noches...—dijo, ras-cándose la cabeza con mal humor.—¡Viaje perdido! Me han dicho en el correo que esta noche no toca recibir *carta grande* por ser Carnaval en Madrid... y estar de *juelga* los que las escriben.

—Es verdad... Hoy es martes... ¡Lo había olvidado! —respondió Julia con visible disgusto.—En fin..., ¡pa-ciencia! El correo de mañana me sacará de dudas... ¡Mala noche, José!... ¿No es cierto?

—Así... así...—respondió el mozo con su habitual arro-gancia.

—¿Nieva?

—Nieva, llueve, graniza, y, ¡vamos!, de todo hace un poco... Pero mi mulo no le teme á nada.

—¡Vienes calado! Ya le he dicho á tu padre que no te permita volver á ir por el correo!... ¡A ver si haces más caso de él que de mí!

—Pero, Señora, ¿por qué privarme del único gusto que tengo al día? Yo sé que esa *carta grande* es su alma y su vida *desde que...* En fin..., ¡yo me entiendo! ¡Mal haya sean todos los diputados del mundo!

Julia frunció las cejas al ver que en una misma noche, y como obedeciendo á irreverente consigna, padre é hijo se atrevían á profanar el sagrado de su corazón.

Pero calmóse en el acto, y dijo con afectada indiferen-cia, como tratando de sondear á su vez el espíritu de aque-llos leales servidores:

—Me parece, José, que aquí todos queréis mal..., muy mal, á cierto viajero con quien el otoño pasado hiciste tres viajes en un mismo día...

—Señora..., ¡la verdad!... Lo que es yo... En fin..., jeso es según y conforme!—respondió José, mirando al suelo, como si buscara allí las palabras que iba á pro-nunciar.—Mire vucencia... Yo querría mucho á D. Gui-llermo si llegara á hacer feliz á la Señora..., ó si hoy vié-ramos á vucencia tan alegre y contenta como antes... Pero lo aborrezco con toda mi alma porque, desde que vino aquella noche, yo no sé á qué..., la Señora me habla muy pocas veces, está siempre como distraída, y no piensa más que en esa *carta grande* que recibe diariamente y que huele á demonios... ¿Por qué no viene ÉL en lugar de es-cribir tanto? ¿Por qué se marchó? ¿Pues no vale la Se-ñora mucho más que todos los madrileños juntos? ¿Quién impide á D. Guillermo de Loja casarse con ella, supuesto que es soltero? ¿Habría acaso en el mundo una mujer tan guapa como la Señora?

Julia se echó á reir; y, no disgustada ciertamente de aquella réplica, que en nada la ofendía, ni dañaba á Gui-llermo, creyó deber regalar la siguiente aclaración á la opinión pública del cortijo:

—Agradezco, amigo José, el cariño y la lealtad que te hacen disparatar tanto; y, para que dejes de ver vi-siones, te diré que la *carta grande*, como tú la llamas, no me la escribe ni me la envía aquel caballero... Es lo que llaman "un periódico", y tiene por nombre *La Epoca...*

Conque no lo olvides, y pasemos á hablar de otro asunto... Se acerca el día de tu santo, y en él vence el plazo que últimamente te concedí para pedirle al mulero la mano de su hija Brígida... ¡Supongo que no lo habrás olvidado!...

—No lo he olvidado, Señora; pero...

—Pero ¿qué?

—Lo diré claramente... Que yo preferiría dejar eso para más adelante...

—¿Luego no quieres á tu novia?

—Sí que la quiero... ¿No la he de querer, cuando es más buena que el pan y me quiere como á las niñas de sus ojos?

—Entonces será que no te gusta...

—¡Sí que me gusta!... ¿No me ha de gustar siendo tan guapa, y, sobre todo, ahora que va echando color?...

—Pues si te gusta y la quieres, ¿por qué no tienes prisa de casarte con ella?

—¡Toma!... ¡Ya se lo he dicho á la Señora más de una vez!... Porque..., porque..., si yo me caso, y tengo chiquillos y cuidados propios en que pensar, estaré más alejado de vucencia; no podré vivir exclusivamente para servirla, ni me será tan fácil morir defendiéndola, en caso necesario... ¡Yo querría estar siempre mirando á la Señora, oyéndola hablar, bailando de coronilla por complacerla!... Y todo esto lo sabe Brígida...

—Y ¿qué dice Brígida?

—¿Qué ha de decir? ¡Que tengo razón, y que hago justamente lo que debo, queriendo más que á nadie á la Señora! ¡También ella la quiere mucho, y si no sube á verla todos los días, como antes, es por cortedad!... ¡Ya se ve!...: desde que empezó á hablarse en el cortijo de

que D. Guillermo volvió de tapadillo aquella noche guiado por mí, y de que podría casarse con la Señora, y de si ya tarda ó no tarda en venir á cumplir su promesa, y de si la Señora se marchará con él cuando se casen, ó él se quedará entonces á vivir aquí..., todos estamos como alborotados. Pero bien sabe la Señora que Brígida la estima y respeta mucho; tanto, que algunos domingos dió en la flor de peinarse por el mismo estilo que vucencia, lo cual maldito si me hizo gracia á mí, ni se la hacía á su cara; por lo que tuve que decirle que se dejara de remilgos; que ella estaba mejor con sus dos tufos y su castaña, pues cada clase de gente ha nacido para su cosa; y que, así como la Señora parece una María Magdalena cuando lleva el pelo suelto, ó una reina cuando se lo pone por corona, ella parecía con tales peinados una tiritera de feria, de las que vienen á hacer volatines al pueblo inmediato...

—¡Te vas volviendo muy pícaro, José—respondió Julia, entre enojada y divertida con los discursos del más inocente que ladino mozo.—¡Si tú llegases á ir á servir al Rey, que no irás, pues así lo tenemos convenido, darías bastante que hacer en el mundo!... Pero, en fin, por la presente sólo eres un buen muchacho, lleno de corazón y valentía, que me quiere tanto como su padre, su madre y todos los moradores del cortijo, incluso Brígida... ¡Muy agradecida estoy á todos! ¡Alma, vida y hacienda os veo siempre dispuestos á darme, cuando bien sabe Dios que yo no necesito más que haceros dichosos!... De consiguiente, y para concluir por esta noche, sabe que te niego el nuevo plazo que solicitas: que el día de San José pediremos la mano de Brígida al tío Juan, el mulero: que

pasaréis este verano disponiendo los papeles, las ropas, el ajuar y la casita nueva (á la que sólo faltan ya algunas cañas y retamas para tener completa la techumbre), y que el día de Todos los Santos... ¡ya ves! ¡todavía hay por medio más de ocho meses!...) os casaréis en paz y gracia de Dios...

—Pero, señora..., ¡eso es lo mismo que arrojarme de su lado!—gimió el mocetón, tirándose de los pelos.

—No seas niño, José...—repuso Julia con noble afectuosidad.—Esto es labrar tu dicha. Por lo demás, yo seré madrina de vuestro casamiento y de los hijos que tengáis. Vuestros niños, que serán muy hermosos, se criarán aquí, á mi lado, y jugarán por estas grandes y solas habitaciones, enseñándome á no estar triste ni taciturna... ¡También tengo yo necesidad de compañía!... Al propio tiempo, Brígida le ayudará á tu madre á servirme, ¡y tú no cabrás en el pellejo de orgullo, al verte hecho un padre de familia, un hombre de importancia!...

—¡Ah! ¡Sí!..., ¡entonces sí!... ¡Cuando vucencia quiera me casaré con Brígida!...—dijo el mozo riendo y llorando á un tiempo mismo.—¡Ah! ¡Por algo he jurado y perjurado siempre que vucencia era una santa!...

—Yo no soy más que una vulgarísima mujer, sedienta de cualquier clase de afecto... Pero ¡calla!—exclamó en esto *la Pródiga* interrumpiéndose.—¿No oyes?

—Sí que oigo... Ladran todos los perros del valle...

—Y ¡con qué furia! Indudablemente alguien se acerca al cortijo...

—Serán los lobos...—indicó José.

—No son los lobos...—replicó Julia, que se había acer-

cado al balcón, no cerrado más que con vidriera.—¡Oigo pisadas de caballerías!...

—¡Es verdad!...—observó el campesino.—¡Puede que sean ladrones!... Voy á buscar mi escopeta y echarla otra bala... ¡Quítese entretanto la señora de ese balcón!

—¡Cuidado, José! ¡No vayas á hacer ninguna atrocidad!...—le advirtió su ama.—¡Piensa que, en noche tan horrible, nada tiene de raro que se refugien aquí algunos fatigados viajeros!...

—¡Al contrario, señora!—contestó el mozo.—La cosa no puede ser más rara...; pues precisamente esta tierra no es camino de ninguna parte... Vuelvo en seguida...

Y, así diciendo, salió del salón.

Julia se había quedado inmóvil y como atónita al oír la última observación de José... Ya desde el principio la conmovió mucho, tal vez por misterioso presentimiento, aquel ruido de caballerías que tan á deshora sonaba hacia la parte de Madrid, esto es, hacia el Norte, adonde caía la susodicha vidriera... Pero ni aun así se dió cuenta de sus verdaderas emociones, tumultuosas y confusas como todo miedo instintivo, y luchando estaba con su propio desasosiego, sin hallarle nombre ó justificación, cuando el tío Antonio, pálido y azorado, penetró en la sala, diciendo:

—¡Señora!... ¡Señora!... ¿Quién dirá vucencia que está allá abajo, en mi cocina, secándose á la lumbre?

Julia, cada vez más asustada y perpleja (sin saber por qué), no se atrevió á responder á esta pregunta con otra ni á aventurar todavía ninguna suposición... Hay casos en que la esperanza le teme al propio bien soñado, ó en que el deseo se arrepiente de sí mismo ante la possibili-

dad del logro... Conoció, empero, *la Pródiga* que su vida estaba pendiente del nombre que iba á pronunciar el capataz, y se opoyó en una silla para no caer.

—¡Pues es D. Guillermo!—añadió, en fin, el campesino, con un entusiasmo por cuenta ajena que habría hecho llorar de conmiseración á cualquier mediano conocedor del alma humana.

—¡Don Guillermo!...—tartamudeó Julia llena de espanto, sintiendo que tomaba sér y forma en lo profundo de sus entrañas el vago pavor que la agitaba hacía algunos instantes.

—¡Guillermo!... ¡Guillermo!...—murmuró después con inefable alegría.

El fiel criado sólo comprendió la expresión de este segundo grito, y repuso con generosa complacencia:

—Sí, señora; ¡el mismísimo D. Guillermo! Tres cargas trae de baúles y cajones y un buen caballo, mejor que el de la otra vez, para su uso personal... ¡Hombre de pecho es, sin duda alguna, cuando en tal noche se ha atrevido á llegar hasta aquí, á campo travieso, sin miedo al temporal ni á los lobos!... Venía calado hasta los huesos y desfallecido completamente de frío, hambre y cansancio... Pero mi Francisca se ha encargado de él, y ya es otro hombre... ¡A ver si ahora salimos todos de penas!...

Julia no contestó á este discurso. Parecía haberse quedado petrificada... Però, no bien el tío Antonio acabó de hablar, volvió en sí misma, como despierta el niño que deja de oír el canto que lo arrulla; y, alejándose del viejo servidor, llegó hasta el extremo opuesto de la sala, diciéndose:

—¡Guillermo aquí cuando los periódicos de antea-

noche lo daban ya como Ministro, y yo creía que ayer habría jurado su cargo! ¡Guillermo aquí cuando hace cuatro días estaba en el gran baile de mi prima Jacoba! ¡Guillermo aquí sin mi licencia, sin advertírmelo, en mitad del invierno, con tres cargas de equipaje, como quien no piensa en volver á irse!... ¡Cuánto amor y cuánta locura en su noble alma! ¡Cómo me adora el infortunado!... ¡Ay, sí! ¡Pero con qué ferocidad juega su vida y la mía al azar de mi mayor ó menor clemencia! ¡Cómo me pone el puñal en la mano para que lo clave en mi corazón ó en el suyo! ¡Insensato! ¡Insensato!... ¡Y más insensata yo todavía, que no me atrevo ni aun á pensar en despedirlo!...

—Señora...—pronunció en esto José, entrando en la habitación, demudado y torvo, pero con acento de hidalga conformidad.—El Sr. D. Guillermo pide permiso á vuecencia para subir á darle las buenas noches.

Julia, que estaba de espaldas á los dos campesinos en la parte más oscura del salón, contestó en el acto, sin volverse hacia ellos:

—Id..., y decidle que suba... Pero tú, mi querido Antonio, esperarás luego en esa antesala, por si tengo que hacerte algunos encargos.

El tío Antonio y José se inclinaron ante aquella voz que hablaba en la sombra y salieron de la anchurosa estancia.

Julia se dirigió entonces al sillón que había ocupado cerca de la chimenea, y tomó asiento en él con aire digno y reposado, no sin que la palidez de su rostro demostrara el gran esfuerzo que hacía para tener á raya violentos arranques del corazón...